

PRÓLOGO

Siempre quise saber más sobre la vida de mi padre, a quien no conocí, ya que fue asesinado en Mondragón el 5 de octubre de 1934 estando mi madre embarazada de su primer y único hijo; yo nací el 13 de febrero de 1935.

Mi madre se dedicó constantemente a mi formación. Se preocupó porque aprendiera idiomas y me envió interno al colegio San José de Valladolid de la Compañía de Jesús, donde se hallaba un jesuita íntimo amigo de mi padre, el padre Gonzalo García de los Ríos. Más tarde, cuando yo tenía decidido ingresar en la Escuela Diplomática, me animó para que tuviera una buena formación, eligiendo la Universidad de Salamanca, y después me envió al extranjero donde participé en varios cursos en universidades de Inglaterra, Francia y Alemania, lo que contribuyó para que ingresara a los 23 años en la Escuela Diplomática.

Ella fue, como expresé en *Memoria y esperanza*, mis dos orillas, hizo de padre y de madre, educándome con cariño y rigor. Evocó siempre la admiración hacia mi padre y su trágica muerte.

Hay un dato que quiero recalcar aquí: a pesar de los sucesos de Mondragón aquél fatídico 5 octubre de 1934, mi madre nunca me transmitió rencor, al contrario, a ella debo ver la vida con optimismo e ilusión. Aún recuerdo bien sus palabras de que había que celebrar las cosas antes de que ocurriesen por si finalmente no sucedían.

Por todas estas circunstancias he sabido relativamente poco de la vida de mi padre hasta época bien reciente.

Hace años encontramos en casa, en un baúl, numerosos papeles escritos por él y entre ellos su viaje a Estados Unidos, enviado por Ángel Herrera, cuando se estaba gestando la formación de *El Debate*. Poco tiempo después sentí la necesidad y la ilusión, al mismo tiempo, de aprovechar aquel texto para que se escribiera una biografía sobre su vida.

En el año 2018 conocí a Lara Nebreda, la autora de este libro, a la que manifesté mi deseo de contar con ella para que revisase los muchos documentos que yo conservaba y pudiera escribir un relato de su vida y accedió a ello. No tengo suficientes palabras de agradecimiento por su trabajo. El esfuerzo, dedicación y empeño incansable de Lara han ido mucho más allá de lo que podía soñar. Aunque he podido conversar con ella y darle cuanta información disponía, su minucioso trabajo de investigación le ha permitido concluir uno de mis mayores anhelos: conocer a mi padre y la vida que llevó hasta su muerte. Me he emocionado al descubrir detalles de la misma, desde su estancia en Estados Unidos hasta su actividad política y empresarial. Ni que decir tiene lo que ha significado para mí conocer, casi vivir junto a él, las últimas horas de su vida. Gracias, Lara, por el regalo que este libro significa para mí.

Para aquellos que se adentren en la lectura de la vida de Marcelino Oreja Elósegui descubrirán a un hombre comprometido con su tiempo, con la Iglesia, con el desarrollo empresarial y la creación de empleo y sólo, por último, con la política. La política entendida como servicio a los demás, la defensa de unos ideales y la puesta en práctica de sus creencias católicas. A veces parecerá una aventura y

otras un relato histórico. En todo caso, una vida ejemplar desde la fe, el amor a su familia, a su tierra vasca y a España.

Mi padre era una persona alegre, esperanzada, con preocupación por los demás, profundamente religioso, gran conocedor de los Evangelios y atento a los movimientos sociales que se debatían en los círculos de estudio de la Asociación Católica de Propagandistas, de los que era asiduo participante, y que conducía un joven abogado del Estado, ferviente cristiano, que años más tarde fue sacerdote, obispo y cardenal del Sacro Colegio: Ángel Herrera Oria.

Nació en Ibaranguelua, Vizcaya, un pequeño pueblo de la costa frente a la isla de Izaro, desde donde se contempla la belleza de las playas de Laga y Laida; es un incomparable paraje natural muy cerca de Guernica. Su padre fue un médico de pueblo, mi abuelo Basilio, que tuvo la visión y empeño de formar a sus hijos. El mayor, Benigno, fue un urólogo de éxito formado en París a principio del siglo xx. Ricardo fue abogado del Estado y ocupó distintos puestos de responsabilidad. Mi padre, Ingeniero de Caminos por la escuela de Madrid y licenciado en derecho.

Por lo que he conocido de él y por lo leído en estas páginas fue un hombre recto, muy trabajador, comprometido con su tiempo y volcado en los demás. Siempre me he sentido tributario de su legado y, pese a no haber tenido la fortuna de conocerle, su ejemplo me ha guiado en la vida. Creo que mi esfuerzo, dedicación y la defensa de unos valores han sido un reflejo de los suyos y la manera que he tenido de honrar su memoria.

No voy a entrar aquí a resumir su vida, trabajo que hace maravillosamente Lara en las primeras páginas de este libro. Pero sí quisiera resaltar la curiosidad y valentía de un ingeniero que viaja a Nueva York en 1920 para estudiar el mundo periodístico americano y cómo se empeña más adelante en impulsar una escuela de periodismo en España.

A finales de los años 20 y hasta su muerte, compaginó una intensa actividad empresarial como directivo y empresario en sectores como

el vidrio, la construcción o la cerrajería. Y al final de su vida, a partir de los años 30, toma la decisión de participar en la vida pública siendo elegido diputado por Vizcaya en 1931 y en 1933, defendiendo sus ideas y sus creencias en las Cortes.

Este libro que ahora se publica es un valioso legado para mí y para mis hijos, sobre todo, para mi único nieto, que lleva su nombre y es el cuarto Marcelino Oreja. Espero que le sirva cuando crezca para conocer de quién descende, qué ejemplo seguir y la responsabilidad que asume.

Me gustaría evocar aquí una anécdota muy significativa, casi diría premonitoria. Mi padre tenía una gran amistad con José María Gil Robles desde la época de la Confederación de Estudiantes Católicos. Consolidaron esa relación en la Asociación Católica de Propagandistas y en el Congreso de los Diputados. Su mutuo afecto quedó reflejado en el especial regalo que mi padre realizó, unos días antes de su muerte, a su amigo José María, con motivo de su matrimonio: un crucifijo de bronce grabado, que había adquirido en Bilbao y del que hizo dos reproducciones.

La relevancia del obsequio se manifiesta además en el destino de los otros dos crucifijos. Mi padre entregó el segundo a su querido y admirado hermano mayor, Benigno, que actualmente conserva su nieto, Jaime Mayor Oreja. Por mi parte, yo conservo el original y nunca me separo de él.

Este crucifijo me ha acompañado siempre en la vida y lo he tenido encima de mi mesa de trabajo tanto en España como en mis responsabilidades en Europa.

Aparte de la belleza de este crucifijo, tal vez lo más importante y significativo es el versículo del Evangelio de San Lucas que mi padre hizo grabar en él, pocos días antes de su cruel asesinato:

«Empero vosotros amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperanza de recibir nada por ello y será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo porque Él es bueno aún para los ingratos y malos (Lucas 6, 35)».

Concluyo así con estas breves palabras, pero quiero insistir en el trabajo riguroso y detallado que ha llevado a cabo la autora del libro, Lara Nebreda. Una tarea en la que han colaborado, con datos y precisiones, parientes y amigos como Jaime Mayor Oreja, Íñigo Méndez de Vigo, Víctor Gómez y mis hijos Marcelino y Manuel; a todos ellos quiero expresarles mi profundo agradecimiento.

Pero, muy especialmente, quiero agradecer a Silvia, mi mujer, su amor, dedicación e incondicional apoyo durante toda una vida. Sin Silvia, nada hubiera sido posible. Porque, tanto mi padre como yo, debemos a nuestras mujeres mucho de lo que somos y de lo que hemos sido.

MARCELINO OREJA AGUIRRE

INTRODUCCIÓN

Marcelino Oreja Elósegui nació en Ibaranguelua (Vizcaya) el 6 de abril de 1894 y murió asesinado en Mondragón (Guipúzcoa) el 5 de octubre de 1934, durante la Revolución de Octubre. Ingeniero de formación, gerente y empresario en diferentes sectores, político tradicionalista y activo miembro de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP), su vida estuvo marcada en todo momento por su fe y firmes convicciones católicas.

Esta biografía, realizada a lo largo de más de cuatro años, recoge la información que hemos podido recopilar sobre su vida y muerte. El libro se estructura en cinco capítulos, relacionados cada uno con una etapa diferente de la historia personal de Marcelino Oreja Elósegui. En el primero «De Ibaranguelua a Madrid: Familia, infancia y juventud de Marcelino Oreja (1894-1920)» se presentan los datos que conocemos sobre su infancia y adolescencia, una semblanza de sus familiares más directos y una descripción de su primera juventud en Madrid. Además, por su vinculación con esta primera época, se expone en este capítulo una breve historia de la ACNP y del diario *El Debate*, ambos organismos íntimamente ligados a la influyente figura de Ángel Herrera Oria.

El segundo capítulo «Viaje a un nuevo mundo: Nueva York (1920-1922)» es posiblemente el que mejor revela la personalidad de Marcelino Oreja. Como veremos, a finales de 1920, viajó a Estados Unidos junto a Francisco de Luis y Manuel Graña para formarse en periodismo y gestión de medios de comunicación y estudiar los modelos periodísticos americanos para implantar después mejoras e innovaciones en la política empresarial de *El Debate*. En Nueva York, Oreja escribió un diario con sus impresiones sobre el país y las ciudades de Nueva York, Boston y Washington; posteriormente, se añadieron las cartas que envió a su familia durante su estancia al otro lado del Atlántico. A pesar de que el cuaderno corresponde al año 1921, Oreja mencionó en él sucesos acontecidos en momentos posteriores, como por ejemplo su viaje a Washington, que, aunque se produjo entre mayo y junio de 1922, aparece descrito en las páginas correspondientes a diciembre de 1921. Además, Oreja añadió recortes de noticias, obtenidos de diferentes periódicos, a menudo sin fechas ni datos sobre el medio en el que se habían publicado originalmente. Esta miscelánea produce que la narración recogida en este diario no siempre corresponda a una cronología lineal y, en ocasiones, ha complicado su comprensión. Sin embargo, estos documentos constituyen los testimonios más directos, personales y subjetivos que se conservan sobre Marcelino Oreja Elósegui.

La tercera parte «Vida adulta de Marcelino Oreja: Madrid (1922-1927) y Mondragón (1928-1934)» se divide en dos fases diferentes. Cuando regresó a España después de su estancia en Estados Unidos, se incorporó al periódico *El Debate* y a Editorial Católica como gerente. No tenemos demasiados datos sobre su actividad al frente de estas entidades, en cambio, sí conocemos con mayor detalle la labor simultánea que desarrolló en el seno de la ACNP en Madrid. En torno a 1928, su vida cambió y se trasladó al País Vasco. Allí continuó vinculado a la Asociación católica y, tras su matrimonio con Pureza Aguirre, comenzó una nueva etapa en la que ejerció como presidente de Unión Cerrajera de Mondragón (UCEM), una de las industrias

metalúrgicas más importantes de España en aquel momento. Su actividad al frente de esta compañía se orientó a la aplicación de los principios del catolicismo social en el mundo empresarial, especialmente en los aspectos educativos, formativos y sanitarios de los trabajadores. Además, de su vinculación con UCEM, durante estos años trabajó y participó en otras empresas.

La proclamación de la Segunda República empujó a numerosos católicos a involucrarse activamente en la política. Marcelino Oreja decidió entonces presentarse a las elecciones, tanto en junio de 1931 como en noviembre de 1933, y en ambos comicios resultó elegido diputado por Vizcaya. En el cuarto capítulo «Marcelino Oreja y la política (1931-1934)» analizamos su actividad como parlamentario en el Congreso de los Diputados y en mítines y actos públicos. Sus intervenciones siempre se orientaron a preservar los ideales del tradicionalismo, los intereses del País Vasco y, principalmente, se caracterizaron por su comprometida defensa de los derechos y las libertades de la Iglesia, el clero y los fieles católicos.

Por último, en «La Revolución de Octubre y el asesinato de Marcelino Oreja Elósegui» recogemos cómo se vivió esta rebelión en Mondragón y reconstruimos las últimas horas de Marcelino Oreja, su detención y su cruel asesinato. Además, a modo de contextualización, sin pretender en ningún momento realizar un estudio exhaustivo, se presentan los antecedentes de la Revolución, tanto a nivel nacional como en el País Vasco.

Este estudio se completa con varios anexos. En el primero transcribimos los emotivos discursos de homenaje que se pronunciaron en el Congreso de los Diputados el 9 de noviembre de 1934, en una sesión especialmente dedicada a rendir homenaje a Marcelino Oreja Elósegui. Los anexos 2-5 recogen transcripciones de documentos mencionados en el capítulo 4 que, por su extensión, se ha considerado preferible presentar en este formato. También incluimos un índice de abreviaturas y un índice onomástico que facilita la localización de las personas contemporáneas de Marcelino Oreja que aparecen mencionadas a lo largo

del libro. Cada entrada se acompaña de una breve reseña biográfica que tiene por objeto situar en el tiempo y el espacio a cada personaje y, en la medida de lo posible, indicar otras fuentes de información donde puedan ampliarse los someros datos ofrecidos en esta obra. Las adscripciones políticas de los parlamentarios nombrados en el cuarto capítulo se han recogido según figuran en el «Archivo Histórico de Diputados (1810-1977)» del Congreso de los Diputados.

Esta investigación se ha basado principalmente en la documentación conservada por Marcelino Oreja Aguirre, hijo póstumo de Marcelino Oreja Elósegui, y en la consulta de diferentes archivos y fuentes documentales, hemerográficas y bibliográficas. En este punto, debemos señalar que durante el desarrollo de este trabajo se vivió la pandemia ocasionada por la Covid-19, con el confinamiento y las múltiples restricciones que supuso, situación que dificultó y ralentizó en gran medida la redacción de algunos epígrafes de este libro.

Por último, queremos mostrar nuestro agradecimiento a todas las personas que han contribuido a completar este trabajo. A los encargados de los archivos y bibliotecas a las que hemos acudido, a mi familia, a José Ignacio Anguísola, Erika Ede, Josemari Vélez de Mendizábal, José Antonio Altuna, Xavier Markiegi Candina (DEP), Begoña Anguísola, Íñigo Méndez de Vigo, José Luis Orella, Julio Iglesias de Ussel, Pablo Ramírez, Fátima Martín Escudero, José María de Francisco Olmos, Juan Miguel Sánchez Vigil, Esteban Ngomo Fernández, Víctor Gómez Martín, Silvia Arburúa Aspiunza, Marcelino Oreja Arburúa, Manuel Oreja Arburúa y Jaime Mayor Oreja.

Esta biografía surgió por la voluntad de Marcelino Oreja Aguirre de conocer mejor a su padre y rendir un merecido homenaje a su labor como gerente, político y, sobre todo, como hombre profundamente católico. A él le debo el mayor agradecimiento por confiar en mí y por su inmensa paciencia durante estos largos años, por su dedicación, interés y ayuda, y por recibir cada entrega con ilusión, a pesar de que en ocasiones mis textos puedan estar escritos con más buena voluntad que acierto.

DE IBARRANGUELUA A MADRID: FAMILIA, INFANCIA Y JUVENTUD DE MARCELINO OREJA (1894-1920)

Marcelino Oreja y su familia

El 6 de abril de 1894 en el municipio costero de Ibaranguelua (Vizcaya) nacía Marcelino Oreja Elósegui. Hijo de Basilio Juan José Oreja Echániz y de Cecilia Elósegui Ayala, fue bautizado en la iglesia renacentista de San Andrés Apóstol al día siguiente, el 7 de abril de 1894.

Su familia paterna vivió durante siglos en Oreja, localidad guipuzcoana que limita con las poblaciones navarras de Arriba y Atallo. Precisamente en Arriba nació Martín Oreja Arzandun, quien, en la primera mitad del siglo XIX, se trasladó a Amoroto (Vizcaya) para ejercer como médico. De su matrimonio con Gertrudis Echániz Urquiaga, natural de Ondárroa (Vizcaya), nació Basilio Juan José, nacido en Amoroto el 14 de junio de 1851 y bautizado al día siguiente en la parroquia de San Martín Obispo de esa misma localidad.

Basilio, que creció en una familia de convicciones tradicionalistas con el recuerdo de la derrota de sus parientes más cercanos durante las primeras Guerras Carlistas, continuó los pasos de su padre y estudió medicina. El 19 de febrero de 1879 contrajo matrimonio en la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción de Motrico (Guipúzcoa)

con Cecilia Elósegui, nacida el 7 de agosto de 1853 en Villafranca de Ordicia (Guipúzcoa), hija de José Elósegui García, natural de Zalduendo (Álava), ya fallecido en ese momento, y de Carmen Ayala Arabiourrutia, nacida también en Villafranca de Ordicia. La documentación conservada por la familia refleja que los Elósegui descendían de un linaje de hidalgos, cuya casa solar se ubicaba en un alto al noroeste del monte Aralar, en el municipio guipuzcoano de Gaínza.

La pareja formada por Basilio y Cecilia se instaló en Ibaranguelua, localidad en la que él había obtenido la plaza de titular y donde nacerían sus cinco hijos: Benigno en 1880, Carmen en 1885, Pascual Timoteo en 1888, Ricardo en 1890 y Marcelino en 1894¹.

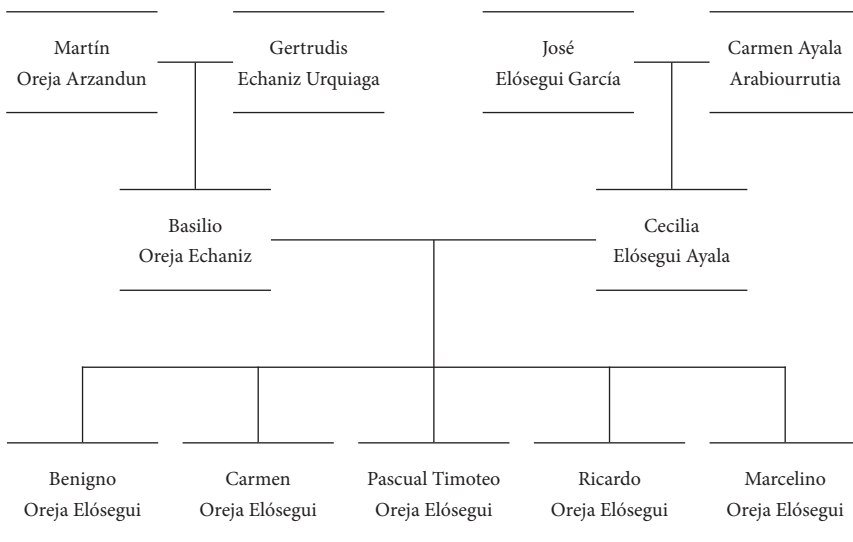


FIG. 1.

Árbol genealógico con los antepasados directos de Marcelino Oreja.

1 Datos obtenidos de los registros sacramentales del Archivo Histórico Eclesiástico de Vizcaya, del Archivo Histórico Diocesano de San Sebastián y del Archivo Histórico Diocesano de Vitoria.

El pensamiento de Basilio Oreja resultó determinante en la educación de sus hijos y en la futura postura política que adoptaron activamente los varones que alcanzaron la edad adulta: Benigno, Ricardo y Marcelino. Un claro ejemplo es la relación de Basilio con Sabino Arana, con quien compartía, además de la cercanía geográfica, un sustrato ideológico común: su ya mencionada pertenencia a familias tradicionalistas, derrotadas durante las Guerras Carlistas. Los dos hombres se conocían y respetaban, como demuestra la correspondencia de Arana. Él, pocos meses antes de morir, el 21 de junio de 1903, escribió a su médico y amigo, Carlos de Iruarrizaga, para comunicarle que en el Balneario de Cestona (Guipúzcoa) estaba siendo tratado por un doctor que contaba con la recomendación de Basilio Oreja, a quien se había encontrado en las termas, pero no había reconocido, posiblemente por los años transcurridos desde su último encuentro:

Acabo de estar con el médico, que es D. Aurelio Enríquez. Pongéale mucho Oreja, que también está aquí hace más de 20 días y que hoy se me ha acercado a hablar, pues yo no le reconocía².

A pesar de las similitudes contextuales y doctrinales de sus linajes, la manera de integrar ese pensamiento en su forma de vida resultó completamente diferente: Arana sentó las bases del nacionalismo vasco y fundó Euzko Alderdi Jeltzalea-Partido Nacionalista Vasco (EAJ-PNV). En cambio, consciente de que sus hijos hablaban vascuence en la calle, Basilio prohibió su utilización en casa y obligó a sus descendientes a expresarse en un correcto español, idioma que consideraba más útil para el crecimiento personal e intelectual de sus vástagos³.

2 Arana, 1981: II, 510 y 516.

3 En efecto, como veremos en el capítulo 2, Marcelino Oreja afirmaba que sabía «rezar en el mismo idioma que solía hacerlo el Santo Padre S. Ignacio», en referencia al vascuence (DNY 06/02/1921).

Basilio Oreja ejerció además como alcalde de Ibaranguelua en dos ocasiones: la primera en el año 1900 y la segunda en 1902⁴. Su elección para este cargo evidencia el prestigio y el respeto que infundía en la localidad vizcaína donde ejercía como médico, consideraciones que le acompañaron hasta su fallecimiento en 1914⁵.

El hijo mayor del matrimonio Oreja Elósegui, Benigno, nació el 13 de febrero de 1880⁶. Continuando con la tradición familiar, estudió Medicina en la Universidad de Valladolid y una vez terminada la carrera se trasladó a París para especializarse en Urología en el Hospital Necker. En realidad, Benigno quería regresar a Ibaranguelua y continuar su carrera como médico de pueblo, pero su padre se opuso firmemente a esta decisión y le obligó a trasladarse a la capital francesa para completar su formación en un centro de reconocido prestigio. Con esta estancia pretendía también que su primogénito aprovechara la ocasión para aprender otro idioma y para conocer una sociedad diferente, demostraba así que su ideología carlista era perfectamente compatible con una mentalidad aperturista que primase la sólida educación formal y cultural de sus herederos.

En 1905 Benigno regresó a España. Su primera intención fue instalarse en Bilbao, pero consciente de que allí ya se encontraba asentado el célebre doctor Enrique Areilza Aguirre, especialista en cirugía y traumatología, eligió San Sebastián para fundar, junto a otros colegas, el primer centro médico-quirúrgico de la ciudad.

4 *Anuario del comercio*, 1900: 2479 y *Anuario del comercio*, 1902: 2718. En el primer número de esta publicación, editado en 1879, Basilio Oreja ya figura como médico de Ibaranguelua (*Anuario*, 1879: 1212).

5 La noticia de su fallecimiento se publicó en la sección dedicada a las defunciones de la revista *La lectura dominical*, 1914: 396.

6 La biografía de Benigno Oreja Elósegui se basa en: *El Diario Vasco*, 1962; RAH, 2009-2013, vol. XXXVIII, p. 692; Congreso de los Diputados, en línea; UCM, en línea.

Esta clínica, denominada San Ignacio e inaugurada en 1906, sería un elemento fundamental en el posterior desarrollo de las medidas sociales implantadas por Marcelino en Unión Cerrajera de Mondragón (UCEM).

La tesis doctoral titulada *Prostáticos sin próstata*, defendida en la Universidad Central de Madrid, consolidó a Benigno como reputado urólogo y pionero de esta especialidad en Vizcaya. A lo largo de su vida publicó diferentes estudios sobre las enfermedades de la próstata y participó activamente en reconocidas instituciones: fue miembro fundador de la Asociación Española de Urología, presidió la Academia Médico Quirúrgica de San Sebastián y el Colegio Provincial de Médicos y perteneció a las Sociedades Internacionales de Urología y de Cirugía.

Además, obtuvo el cargo de delegado nacional de Sanidad, debido a su prestigio en el ámbito de la medicina, y ejerció como procurador en Cortes por designación del Jefe del Estado, Francisco Franco, entre 1943 y 1958.

Benigno Oreja, que había recibido la Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo y la Gran Cruz de Isabel la Católica, falleció en San Sebastián el 26 de diciembre de 1962. En esta ciudad dejó un recuerdo imborrable como pionero en el tratamiento de las enfermedades urológicas y como «un donostiarra de corazón, hombre respetado, admirado y querido por todos los donostiarras»⁷.

La única hija del matrimonio Oreja Elósegui nació el 23 de diciembre de 1885. Al día siguiente fue bautizada con el nombre de Carmen Toribia Margarita Dominga⁸. Acudió al colegio en Cestona y, años después, se casó con José Anguísola Andonegui, el médico

7 *El Diario Vasco*, 1962.

8 Archivo Histórico Eclesiástico de Bizkaia, ES/AHEB-BEHA/F006.214 (7509/002-00).